



**Mario Vargas Llosa: «Un bárbaro en París. Textos sobre la cultura francesa»**

## Descripción

**Mario Vargas Llosa** (Arequipa, Perú, 1936). Premio Nobel de Literatura, está considerado como uno de los más grandes novelistas y ensayistas contemporáneos. Autor, entre otras obras, de *La ciudad y los perros*, *Conversación en La Catedral* y *La fiesta del chivo*. Miembro de la Academia Francesa, está en posesión del Premio Cervantes y el Príncipe de Asturias de las Letras.

**Carlos Granés** (Bogotá, Colombia, 1975). Doctor en Antropología Social, ensayista y escritor. Autor de *Delirio americano (Una historia cultural y política de América Latina)* y *La revancha de la imaginación. Antropología de los procesos de creación: Mario Vargas Llosa y José Alejandro Restrepo*.

## Avance



Vargas Llosa. «Un bárbaro en

---

París». Alfaguara, 2023

La cultura francesa ha sido clave para forjar la personalidad literaria y política de Mario Vargas Llosa. De sus lecturas de niñez, como Julio Verne y Alejandro Dumas, pasó a descubrir el idealismo, la rebeldía y el carácter de creador de todo un mundo hecho con palabras de Victor Hugo. Pero lo que le convirtió en el escritor realista que aspiraba a ser, «un experto en fingir la realidad», fue Gustave Flaubert, a través de las páginas de *Madame Bovary*. Aprendió en ellas dos lecciones. La primera, de técnica narrativa: que el personaje más importante de una novela era el narrador que cuenta la historia; la segunda, de actitud vital: la insatisfacción, la rebelión ante la mediocridad de la existencia. Completaría este último aspecto con la transgresión, en la obra de Georges Bataille. Y quien influyó en su carácter de ensayista político fue otro francés, el filósofo Jean-Paul Sartre, y fue tal su admiración de que le pusieron el mote de «el sartrecillo valiente». Pero a partir de 1964 se desencantó del filósofo existencialista por sus simpatías declaradas hacia el comunismo, y se aproximó a Albert Camus, por sus ideas anti totalitarias, su defensa de la verdad y su abominación del crimen político. Del socialismo de su juventud, Vargas Llosa transitó al liberalismo de su madurez, de la mano de otros dos intelectuales franceses, Raymond Aron y Jean-François Revel.

Con ese bagaje fue sumamente crítico con la pulsión nacionalista de la sociedad francesa; la mentalidad de campanario de París, infiel a su esencia de «capital universal del pensamiento y de las artes»; o con el deconstruccionismo de Derrida que convierte las humanidades en un «un fuego de artificio», desligado de los problemas sociales y morales que inquietan al ser humano. También se rebeló Vargas Llosa contra el entusiasmo irresponsable de los revolucionarios europeos y su inclinación a ver América Latina como el utópico escenario de los proyectos fallidos de Occidente, gracias al realismo y la clarividencia de Jean-François Revel.

La educación cultural e intelectual adquirida en Francia le dio al Premio Nobel la convicción de que cualquier autor latinoamericano, incluso «un bárbaro nacido en la provincia peruana», podía participar en los asuntos políticos, culturales y sociales de su época siempre que estuviera pertrechado de «sólidas tradiciones literarias y filosóficas».

---

## Artículo

La atracción que ejerció Francia en él empezó en la infancia, continuó en su juventud, se consolidó en la madurez y sigue vigente hasta el día de hoy, al punto de que siempre le dio más importancia a ser incluido en la Biblioteca de la Pléiade, el panteón de la literatura francesa, que a ganarse el Premio Nobel. Esos autores, que descansan a salvo del tiempo y del olvido en esa colección, fueron sus primeras pasiones literarias. Se inició de niño con **Julio Verne y Alejandro Dumas**, luego con las ficciones de **Victor Hugo** y después con las de **Gustave Flaubert**; y de todas ellas extrajo lecciones invaluable: el furor de la aventura con la saga de D'Artagnan, las ambiciones descomunales y la sensibilidad romántica en **Los miserables**, el realismo literario gracias a **Madame Bovary**.

Con Victor Hugo descubrió el apetito insaciable y la curiosidad universal que impulsaban a ciertos creadores a escribir novelas totales. Porque nadie como el francés se había propuesto refundar por completo el mundo en todos sus detalles, con un nivel de complejidad y verosimilitud que competía con la realidad real. **El novelista desplazaba a Dios, cometía un deicidio porque su talento y amplitud de miras le permitía convencer al lector de que ese universo de palabras, surgido de su imaginación, era más tangible y palpable que cuanto existía por fuera del libro, en la realidad que yacía bajo sus pies**

. Victor Hugo sembró esa misma ambición en Vargas Llosa, la de convertirse en un creador de novelas totales que instituían mundos donde se recreaban las pasiones, las mentalidades, los tipos humanos; sus anhelos, luchas, frustraciones y tragedias. Ciertos elementos del romanticismo francés, empezando por el idealismo, la rebeldía o la permanente inconformidad con el mundo, llegaron a él a través de Victor Hugo, pero el estilo que elegiría para contar sus propias historias no lo aprendería de él, sino de Gustave Flaubert.

En 1959, recién instalado en París, el aspirante a novelista compró una copia de *Madame Bovary* en la edición de Clásicos Garnier, y ahí, como él mismo dijo en el ensayo que años después dedicó a la novela, *La orgia perpetua*, empezó su historia. Además de quedar hechizado por el poder de persuasión de Madame Bovary (y eternamente enamorado de Emma), Vargas Llosa también descubrió el tipo de escritor que quería ser, realista, un experto en fingir la realidad, no la fantasía. Y no sólo eso. Las páginas de *Madame Bovary* le revelaron una lección decisiva de técnica narrativa. Flaubert se había dado cuenta de algo fundamental, y es que el personaje más importante de una novela, aquel a quien el escritor debía prestar más atención, era el narrador que contaba la historia. Esa había sido la aportación de Flaubert al arte de la ficción; con ese hallazgo había marcado una frontera que daba inicio a la novela moderna.

Habiendo asimilado ese precepto, y después de leer las innovadoras novelas de Faulkner, Vargas Llosa entraría de lleno a explorar los problemas técnicos de la novela —el punto de vista del narrador, el manejo del tiempo y del espacio— hasta dominarlos con maestría. Además de todo esto, Flaubert —o más bien Emma— le había revelado un rasgo de la naturaleza humana: la insatisfacción con la vida tal como es, que invitaba a buscar refugio en la ficción y a aferrarse a los deseos y ambiciones como motor del cambio. Porque eso era Emma Bovary, una eterna insatisfecha que no se conformaba con la mediocridad de su vida, que deseaba más pasión, más experiencias, más estímulos, y que acababa exponiéndose al infortunio con tal de acercar su vida pequeña al fulgor existencial que brillaba en las novelas.

La insatisfacción flaubertiana encajó muy bien con un elemento literario que Vargas Llosa había descubierto en otro autor francés, la transgresión. El deseo de ir más allá de los límites sociales y de las convenciones en busca de más intensidad vital lo había expuesto con gran precisión Georges Bataille. Sus libros le mostraron a Vargas Llosa que la creatividad humana se nutría de ese amasijo de instintos y pulsiones irracionales. Ahí se incuban las obsesiones o demonios que carburan la imaginación de un novelista. La lectura de Bataille le había revelado que el escritor tenía control sobre la forma en que escribía —la técnica, los recursos, la estructura—, pero no sobre las obsesiones que se convertían en temas literarios. Nada de eso era consciente. Emanaba de zonas oscuras y se manifestaba a través de demonios literarios que el escritor exorcizaba en sus novelas. El repudio al autoritarismo o el fanatismo, por ejemplo, temas que una y otra vez, con distintos rostros, han aparecido en sus obras, son algunos de los demonios más característicos de Vargas Llosa [...]

### **El sartrecillo valiente**

Todos estos autores le mostraron a Vargas Llosa cómo escribir, pero no cómo ser escritor o cómo sentarse en la vida pública como intelectual. Quien ejerció de guía en ese campo fue su gran ídolo de juventud, **Jean-Paul Sartre**, un autor que leyó y siguió y admiró con tanto fervor que sus compañeros de generación terminaron apodándolo «el sartrecillo valiente». La influencia sartreana no llegó a tener mucho peso en sus novelas, pero sí en su labor como escritor de ensayos políticos y columnas de

opinión. Porque al igual que Sartre, que no se conformó con ser un profesor alejado de los grandes acontecimientos de la historia, Vargas Llosa asumió un compromiso típicamente francés, o del intelectual francés, con los asuntos públicos. Siempre atento a los grandes temas y conflictos de su época, desde muy joven buscó espacios en los periódicos donde plasmar sus ideas y tomas de posición frente a las disyuntivas sociales y políticas.

A Sartre lo siguió fielmente hasta 1964, cuando el existencialista dio a entender, en un reportaje de *Le Monde*, que la literatura era una actividad superflua, casi inmoral, en países donde morían niños de hambre. Fue un golpe duro para Vargas Llosa. Su gran mentor, el mandarín de la vida cultural e intelectual de Occidente, lo estaba exhortando a que dejara su vocación literaria y se dedicara a labores sociales. Mientras hubiera niños desnutridos, un país como Perú no podía, o no merecía, tener una buena literatura: era lo que estaba diciendo. No fue ésa la única decepción que se llevó Vargas Llosa. **La manera en que Sartre apoyó siempre el comunismo, incluso estando al tanto de los horrores del estalinismo, proyectó sobre él una sombra de duda.** ¿Debían callarse los crímenes terribles, el despotismo, el terror ideológico, sólo para no dar armas al enemigo? Consciente de todas las atrocidades del comunismo real, Sartre dijo que sí, porque nadie podía escapar de la historia y en la historia siempre había que elegir. Y entre el horror del comunismo y el horror del capitalismo escogía el primero.

**La legitimación de los crímenes ideológicos del comunismo alejó a Vargas Llosa de Sartre y lo acercó a Camus.** Las ideas anti totalitarias del autor de *El extranjero*, su defensa de la verdad y su abominación del terror y del crimen político, terminaron por persuadirlo. Habiendo empezado dándole la razón a Sartre, había acabado dándosela a Camus. El tránsito ideológico del socialismo que abrazó en su juventud al liberalismo que defendería en su madurez también lo hizo con ayuda de los intelectuales franceses. Camus fue el primero en sembrar dudas sobre el compromiso ciego con una causa; luego, Raymond Aron le mostraría los errores de juicio a los que conduce una mente narcotizada por la ideología; finalmente, con Jean-François Revel emprendería una férrea defensa de la libertad y del liberalismo en Europa y América Latina [...]

Una prueba más del amor a Francia de Vargas Llosa son las críticas a todos los acontecimientos políticos y culturales que empañan y desmerecen los momentos más notorios de su historia. Ya lo había dicho en 1967: «Mientras más duros y terribles sean los escritos de un autor contra su país más intensa será la pasión que lo una a él». Se refería a Perú, claro, pero esa máxima también era aplicable a todos los países en los que se ha sentido en casa, como España. Y por supuesto Francia. En este caso, sus dardos han ido dirigidos a la pulsión nacionalista que palpita, a veces tímidamente, otras de forma estrepitosa, en la sociedad francesa. Nada ha frustrado más a Vargas Llosa que ver a París, la «capital universal del pensamiento y de las artes», como la llamó, el lugar que imantaba a creadores de todo el mundo porque desde allí sus propuestas estéticas ganaban fuerza, interés y proyección mundial, aquejada por una mentalidad de campanario y tentada a cerrar sus puertas a todo lo que no sea francés.

Vargas Llosa entró de lleno en los debates sobre la «excepción cultural» que se daban en Francia, defendiendo siempre el libre tránsito de ideas y de propuestas artísticas, literarias, cinematográficas, porque solo así, recordaba, mediante el contagio y el desafío, la cultura de un país se mantenía viva, en permanente ebullición y cambio, y se protegía contra el inmovilismo que terminaba por esterilizarla. Tampoco se mostró muy entusiasta Vargas Llosa con la penúltima moda intelectual francesa, **el deconstruccionismo de Jacques Derrida, que además de renunciar a la buena prosa había convertido los estudios literarios, y en general las humanidades, en un fuego de artificio, desligado de la historia y de los problemas sociales y morales que inquietaban al ser humano**

Los libros de Revel, en cambio, ofrecían todo lo que negaban los del deconstruccionista: claridad, buena prosa y una atención primordial a la realidad y a los hechos, sobre todo a las consecuencias que tanta teorización y tanta abstracción filosófica podía tener en la existencia de las personas de carne y hueso. Revel fue un antídoto para las utopías occidentales y para el instinto revolucionario de los intelectuales franceses. Vargas Llosa encontró en él un apoyo con el cual combatir el tercermundismo y la inclinación de tanto estadounidense y europeo a ver América Latina como el lugar destinado a albergar todos los proyectos políticos fallidos en el resto de Occidente.

**El interés de Revel por los hechos era un balde de agua fría para el entusiasmo irresponsable de los revolucionarios europeos que pensaban en la belleza de sus consignas y en el bienestar de sus conciencias, pero no en el impacto en las personas que tenían que padecerlas.**

Vargas Llosa abrazó las utopías con Sartre y se liberó de ellas con Camus, Aron, Revel. Pero no fue sólo eso, su formación intelectual y cultural también le dio algo aún más importante: la certeza de que cualquier escritor latinoamericano, incluso uno nacido en la provincia peruana (un bárbaro), podía participar en todos los asuntos políticos, culturales y sociales de su época si se nutría de sólidas tradiciones literarias y filosóficas. Buscando a Francia, Vargas Llosa encontró su país natal y el mundo entero. O lo que es igual: queriendo ser un escritor francés, acabo convirtiéndose en un peruano universal.

---

Texto procedente de *Una pasión francesa*, prólogo de Carlos Granés de [Un bárbaro en París](#), de Mario Vargas Llosa, (Alfaguara, 2023, pp. 10-18) reproducido con la autorización de la editorial Alfaguara. El texto del *Avance* es una elaboración de *Nueva Revista*.

Foto: Mario Vargas Llosa en la Feria del Libro de Gotemburgo, 2011, por [Arild Vågen](#). [CC Wikimedia Commons](#).

**Fecha de creación**

04/07/2024

**Autor**

Carlos Granés